

**25 DE NOVIEMBRE DE 2011 – SIGUIENDO EL CURSO DEL RÍO JÚCAR,
DE JALANCE A CORTES DE PALLÁS**

De la luz natural y los restos arqueológicos de la Cueva de Don Juan, en Jalance, a la Central Nuclear de Cofrentes

En esta ocasión, la excursión propuesta por nuestro compañero y amigo Manolo Dolz a los miembros de la APRJUV nos llevaría a hacer un recorrido desde Jalance a Cortes de Pallás, pasando por Cofrentes. El objetivo era doble: en primer lugar, una visita guiada a la cueva de Don Juan en el término municipal de Jalance, al Suroeste de la provincia de Valencia lindando con la provincia de Albacete; y en segundo lugar, una ruta fluvial por el Júcar desde Cofrentes a Cortes de Pallás y vuelta de nuevo a Cofrentes.

El río Júcar se interna en Valencia por el término municipal de Jalance discurriendo de Oeste a Este a través de un profundo cañón excavado por el río. Después de recibir las aguas del río Cantabán en las cercanías del pueblo, se dirige al Norte por el valle de Cofrentes hacia la localidad del mismo nombre, donde confluye con el río Cabriel, y luego gira hacia el Este discurriendo entre cañones hacia Cortes de Pallás, camino de su desembocadura en Cullera.



Como no podía ser de otra manera y al igual que en otras ocasiones, el punto de encuentro para empezar nuestro viaje en autobús se situó en Blasco Ibáñez a las puertas de la Facultat de Geografia i Història.

De nuevo como en otras ocasiones, la puntualidad se cumplió escrupulosamente con el fin de llegar a las visitas concertadas a la hora prevista, requisito imprescindible para poder cumplir nuestros objetivos. Así,

tras el tiempo de espera de cortesía y muy a nuestro pesar, tuvimos que emprender el viaje sin haber podido contactar con algún compañero que no se presentaba.

Al volante del autobús nos acompañaba David, quien ya viene siendo uno más del grupo aunque no por razones de edad, ciertamente.

Abandonamos Valencia en dirección a Requena, desde donde tomamos el desvío que nos conduciría al destino previsto. El cielo despejado nos auguraba una jornada soleada. A los lados de la carretera, los viñedos alfombraban los campos con los tonos rojizos del otoño. Los almendros, ahora desnudos de su follaje, mostraban sus troncos engalanados de amarillo en su cara Norte por el crecimiento de la *Xantoria parietina*, en simbiosis con su corteza. Los olivos permanecían, como siempre, ajenos al paso del otoño. Entre viñas, almendros y olivos, la carretera fue adentrándose en parajes montañosos donde, de vez en cuando, grupos de árboles de hoja caduca nos mostraban sus otoñales tonos amarillos, ocres y naranjas destacando sobre el verde perenne de las copas de los pinos.



Poco a poco, el trazado de la carretera fue dibujando curvas en una y otra dirección a medida que bordeaba la montaña cubierta de vegetación mediterránea. Se veían abundantes pinos entre los que se adivinaban algunas encinas, coscojas, enebros, romero, retamas, brezos y demás plantas propias de este clima y altitud. Los cortes de la montaña al lado de la carretera dejaban visibles los estratos inclinados por los plegamientos mostrando toda su información geológica, que Carmen Antolín se afanaba en explicar con sabiduría.

Casi sin darnos cuenta, nos vimos inmersos en un paisaje mágico con las montañas emergiendo de la niebla del valle. Era todavía una hora temprana y en la montaña el cielo no estaba despejado, había bruma. Entre la bruma, fue apareciendo el castillo de Cofrentes a modo de fortaleza en lo alto de un cerro, y también hicieron su aparición –tremendo impacto sobre el paisaje– las inmensas torres de refrigeración de la Central Nuclear con sus enormes columnas de vapor de agua perdiéndose entre la densa bruma del cielo como si de una fábrica de nubes se tratara, tal como acertadamente comentó Andrés Irurzun.

Dejando atrás Cofrentes hicimos nuestra primera parada en Jalance, donde tomamos café mientras charlábamos en un reencuentro con compañeros y amigos que en algunos casos tenía lugar después de algún tiempo sin vernos.

De nuevo en el autobús, David –con gran pericia– nos condujo por una carretera estrecha y serpenteante como la que más que, atravesando parajes montañosos de gran belleza y riqueza natural, nos llevó hasta la Cueva de Don Juan. A la vegetación observada durante el camino se añadió la presencia de abundantes madroños con su follaje verde salpicado de frutos rojos, todo un regalo de la naturaleza a las puertas de la cueva.



Y enorme regalo, esculpido por la naturaleza a lo largo de millones de años, el que nos esperaba en el interior de esta cueva de origen kárstico, fenómeno que Carmen Antolín explicó repetidamente, transmitiendo sus conocimientos a todo aquél que preguntaba. La guía del Ayuntamiento nos acompañó durante los casi 500 m del recorrido por el interior de la cueva y con

diligencia nos fue mostrando las distintas salas y formaciones a la vez que nos explicaba algunos aspectos históricos.

La cueva consta de una parte seca, la más cercana a la boca de entrada, y al fondo una parte húmeda en constante formación.



En ésta el agua se acumula en las oquedades del suelo formando charcos por lo que también se le dio el nombre de Cueva de los Charcoyos. Esta cueva se compone de varias salas que, aunque no son de gran extensión, presentan una gran variedad de formaciones de estalactitas y estalagmitas de enorme belleza.



En la sala más cercana a la entrada se han encontrado restos arqueológicos del Mesolítico y de la Edad del Bronce Valenciano, lo que indica que fue habitada en el tramo que disponía de luz natural. Esta cueva volvió a ser habitada mucho más tarde, en el siglo XVII, como refugio de moriscos que huían tras el decreto de su expulsión. El nombre de Don Juan se debe a la discusión mantenida por tres Juanes cristianos que allí se disputaban un tesoro

que –según la leyenda– habían dejado escondido los moriscos y que nunca se encontró. Ellos eran Don Juan Pacheco, Don Juan de Córdova y Don Juan de Vergara, según nos explicó nuestra guía. En la actualidad, la cueva sólo está habitada por pequeños murciélagos que pudimos ver colgados del techo de alguna sala.

Cuando salimos al exterior, se había levantado la niebla dejando al descubierto el paisaje en todo su esplendor, con las profundas paredes del cañón y de los barrancos ante nuestra vista.



A través de este paisaje espectacular, emprendimos camino de vuelta hacia Cofrentes.



De nuevo la carretera estrecha y serpenteante, de nuevo el paso por Jalance que ahora nos mostraba su castillo en lo alto de un monte alrededor del cual se encuentra el pueblo, de nuevo las inmensas torres de refrigeración de la Central Nuclear y el castillo de Cofrentes, y de nuevo el paso por los puentes sobre los ríos Júcar y Cabriel para, finalmente, llegar al Restaurante

Torralba donde comeríamos. Del menú cabe destacar el gazpacho manchego, por ser plato típico de la gastronomía de la zona debido a su proximidad a La Mancha, buenísimo según el criterio certero de Manolo Dolz que lo tomó. Como en otras ocasiones, lo mejor de la comida ha sido poder compartir mesa con los compañeros de viaje, lo cual nos permite conocernos mejor y enriquece nuestras relaciones humanas.

Tras la comida, de nuevo en el autobús, David nos condujo al embarcadero desde donde iniciaríamos nuestra ruta por el río Júcar. En la carretera, toda una familia de cabras monteses cruzando delante de nosotros nos ofreció un espectáculo totalmente inesperado, y también desde el autobús pudimos ver un grupo de cormoranes volando sobre la superficie del agua, otro regalo de la naturaleza que sólo era una introducción a la naturaleza salvaje que se nos mostraría en nuestro recorrido.



La ruta fluvial discurre entre las montañas que forman el cauce del río Júcar en el tramo comprendido entre Cofrentes y Cortes de Pallás, atravesando una naturaleza espectacular y poco accesible junto a la Reserva Nacional de Caza Mayor de la Muela de Cortes. Se trata de un recorrido de unos 14 Km de ida y otros tantos de vuelta con una duración aproximada de hora y media, en una embarcación cubierta, con vista panorámica.



El guía nos iba mostrando la geología, la flora y la fauna espectaculares, al mismo tiempo que nos explicaba los detalles de la ruta. Se trata de agua embalsada entre dos presas situadas al inicio y al final del embalse, con una profundidad que va desde 15 m en Cofrentes hasta 75 m en Cortes de Pallás, y con escasa variación del nivel del agua ya que es necesario mantenerlo para la refrigeración del reactor de la Central Nuclear. Las pequeñas variaciones existentes se deben a que durante las horas nocturnas en las que el consumo de energía es bajo, se bombea agua a una gran balsa en lo alto de la Muela de Cortes; y durante el día cuando el consumo aumenta, el agua cae a través de turbinas generando energía hidroeléctrica que se suma a la energía nuclear producida en Cofrentes.

Durante nuestro recorrido pudimos disfrutar de los paisajes solitarios en los que, de trecho en trecho, aparecían familias de cabras montesas trepando por las paredes escarpadas de las orillas.

En estas paredes, pudimos ver nidos de águila que habían sido abandonados como consecuencia de la pérdida de altura que supuso la construcción del embalse con la considerable elevación del nivel de agua. Algún compañero pudo ver el vuelo de algún águila y de nuevo el vuelo de los cormoranes. El agua del río en este tramo muestra un llamativo color verde esmeralda, debido al crecimiento de microalgas.

A mitad del recorrido, en lo alto de la montaña en la margen izquierda del río aparece el Castillo de Chirel, antigua fortaleza construida por los moriscos en el siglo XV como punto estratégico en las gargantas del Júcar y

que tuvo un papel importante en las batallas que concluyeron con la derrota de los moriscos concentrados en la Muela de Cortes.



Al llegar a la presa de Cortes de Pallás, nos encontramos con una gran extensión de vegetación calcinada por un incendio, que había tenido lugar hacía tan sólo 2 meses por un imperdonable descuido en una celebración de un cumpleaños, con el elevado coste económico y el elevadísimo coste medioambiental consiguientes. Sobra cualquier comentario ante la destrucción de la naturaleza que, hasta ahora, se nos había mostrado en todo su esplendor. Con esta imagen amarga emprendimos la ruta de vuelta a Cofrentes, donde nos esperaba nuestro autobús para llevarnos de vuelta a Valencia.



Durante la vuelta fue cayendo la tarde. No sé si os habréis fijado, los atardeceres de otoño son espectaculares. El cielo fue mostrándonos todos sus

tonos desde el púrpura hasta el naranja, pasando por todas las tonalidades rosadas. Así se despidió de nosotros el día.



Cuando llegamos a nuestro punto de partida, que también era el final de nuestro viaje, había oscurecido saliendo a nuestro encuentro la noche después de haber pasado un día muy enriquecedor y agradable.

Ya en la calle, nos pudimos enterar de que en la parte trasera de nuestro autobús se había instalado la Nau Gran del Bus, donde se habían transmitido conocimientos de cerámica y de geología, entre otros. Paco Rivas hacía la reserva de una plaza para esa Nau Gran para la próxima excursión. Creo que en el próximo viaje nuestro autobús irá haciendo caballitos porque ¡todos iremos atrás!

Nos fuimos despidiendo unos de otros con muchas ganas de volver a encontrarnos pronto en la próxima excursión.

Texto: Esperanza Martín de Aguilera y Arenales

Fotografía: Manuel Dolz Planas